

importante, la relación entre un director espiritual y su hijo permanecerán en un nivel bajo. El sexto don es el desapego a lo mundano, con lo cual un director espiritual es guiado solo por la voluntad de Dios y del Espíritu Santo y no por ninguna otra fuerza o tentación. Estos dones son necesarios para un padre espiritual para poder cumplir su rol.

Jordan Aumann, un escritor contemporáneo quien ha centrado sus estudios en la dirección espiritual, sugiere que un director espiritual debe cumplir o saber de siete deberes: ellos deben tener a) un excelente conocimiento del carácter de un hijo espiritual, de su personalidad; b) la habilidad de ofrecer instrucción cuando sea posible; c) la habilidad de animar y ofrecer confianza al Señor; d) la habilidad de ejercitar control en el dirigir a un hijo espiritual; e) la habilidad de corregir las faltas de un hijo espiritual sin ser ofensivo; f) la habilidad de mantener un progreso en la vida espiritual de un hijo y por último g) la habilidad de observar con confidencialidad. Además nos sugiere que un hijo espiritual debe ejercitar siempre la sinceridad, la obediencia, perseverancia y discreción.

Todos los seres humanos han recibido el don de la voluntad libre de parte de Dios. En la lucha diaria de ser cristiano, uno debe poder tomar las decisiones apropiadas la propia voluntad de seguir a Cristo. El rol de un director espirituales ayudar a guiar a su hijo espiritual a como tomar estas decisiones. San Ignacio Brianchaninov dice *“Vanidosos aman el enseñar y dar direcciones... no se les ocurre pensar el irreparable daño que pueden causar a su prójimo dando un consejo equivocado... solo quieren impresionar en el principio y tener a los demás bajo de sí queriendo alabanzas humanas”*. El consejo y

la guía que un director espiritual ofrece a su hijo espiritual debe ser simplemente eso: consejo y guía. Para cada persona un consejo que es dado y recibido será diferente porque cada uno está en un lugar diferente en su camino al Señor, sin embargo todos están en el mismo camino. San Marcos el ascético dice: *“aquel que da ordenes para llenar en secreto su propia voluntad es un adúltero”*.

Nuevamente San Ignacio Brianchaninov nos recuerda que uno siempre debe seguir la voluntad del Señor y no la voluntad de un ser humano caído. Abba Macarios alienta a su hijo espiritual a *“rezar para que Dios le conceda la habilidad de decir las palabras correctas que le otorgue al hijo espiritual la necesaria ayuda”*. Aquí vemos claramente el hecho de que un hijo espiritual debe seguir siempre la voluntad de Dios y el director espiritual es aquel que ayuda a su hijo a discernir y encontrar la voluntad de Dios. Uno no puede ofrecer con orgullo su propio conocimiento. Los sacerdotes que piensan que son superiores a los demás son una desilusión y necesitan humildad.

Continúa la semana próxima

Los santos de la semana

Lunes 28:	San Efrén el Sirio
Martes 29:	Restos de San Ignacio
Miércoles 30:	Los Tres Santos Jerarcas
Jueves 31:	Santos Ciro y Juan
Viernes 1:	San Trifón
Sábado 2:	Presentación del Señor
Domingo 3:	San Simeón y Santa Ana



La Voz del Señor

Año VII - Nro 4 - 27 de enero de 2008
Día de San Juan Crisóstomo

El sacerdocio según San Juan Crisóstomo (I)

La grandeza del sacerdocio

El sacerdocio es un servicio (διακονία-diakonía) dado gratuitamente por Dios. Es un don celestial. Por eso, el sacerdocio es más honorable que los demás servicios o profesiones mundanas. Es un ministerio que abarca la tierra y tiene su finalidad y frutos en el cielo. Es un ministerio angélico y digno de los ángeles. La obra del sacerdote es obra de los ángeles. Por lo tanto, el sacerdote se llama ángel, pero él no habla de su propia inteligencia, sino de Dios quien lo ha enviado.

El sacerdocio no fue instituido por el hombre, tampoco por algún ángel, sino por el mismo Espíritu Santo que habla por los profetas. El sacerdocio tiene un carácter sagrado altísimo por varias razones. El poder de celebrar la divina liturgia y de ofrecer la oblación no sangrante es el privilegio más importante ofrecido a los hombres y dado a los sacerdotes. Es un privilegio que no fue dado aún a los ángeles. El poder de la absolución de los pecados (atar y desatar) es el mismo poder que fue dado de Dios Padre al Hijo, y por Él a los sacerdotes. Esos dos poderes reflejan suficientemente la dignidad y el honor altísimo de este ministerio.

Este poder fue dado de Dios Padre al Hijo

porque Él es *“el hijo del hombre”*. Esa palabra pronunciada por Jesucristo revela dos cosas. Primero, se habla de la pureza y del candor interior que vivió *“el hijo del hombre”* quien *“se anonadó, (...) se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y la muerte de cruz”* (Fil. 2, 7). De la misma manera, el sacerdote tiene que liberarse de sus pasiones y sus debilidades personales. Segundo, *“el hijo del hombre”* es el que conoce la experiencia del hombre en su dimensión humana sin el pecado. Él es el ejemplo de la pureza. Por lo tanto, el sacerdote es un hombre como nosotros, pero, a la semejanza del *“hijo del hombre”*, viva exitosamente la experiencia de ser hombre gracias a la fe y la protección de la gracia divina. En consecuencia, el sacerdote conoce el interior de los hombres porque *“el hijo del hombre”* conoce *“lo que en el hombre había”* (Juan 2, 25) y experimenta cómo enterrar el viejo hombre con Cristo para resucitar también con Él. Por esas dos cosas, el poder de absolución de los pecados fue dado al sacerdote, el poder que tiene *“el hijo del hombre”*, de atar y desatar en la tierra. El poder no es mágico. El misterio del sacerdocio necesita esfuerzo humano y santidad de vida.

¿Quién es el sacerdote?, se pregunta San Juan Crisóstomo. Es un ángel que soporta Cristo sobre su mano, habla de Él y lo sirve. Cuando el sacerdote celebra los sacramentos, él da sus manos a Cristo; cuando predica, da su lengua a Cristo. Por eso, el sacerdote tiene que ser puro como los ángeles.

Los sacerdotes son nuestros padres, tenemos que considerarlos como superiores a nuestros padres físicos. El sacerdote nos da a luz en el reino de Dios a través del bautismo, y nos alimenta por el misterio de la divina liturgia. El sacerdote realiza su ministerio por medio de los santos sacramentos, la predicación, la dirección espiritual y sus

propias oraciones. De esta forma, el sacerdote no vive para sí mismo, pero sí para el que le encomendó este ministerio, por su rebaño, para estar al servicio de su iglesia. Grande es la responsabilidad de los sacerdotes, y múltiples son sus deberes ante Dios, porque Él les había dado la misión de preocuparse por las almas de los hombres. Sus deberes son infinitos en cuanto se preocupan por la salvación del mundo, y rezan para todos los hombres a fin que conozcan y que se acerquen a Dios.

+ **Metropolitano Siluan**

Tropario de la Resurrección (Tono 2)

“Cuando descendiste a la muerte, oh Vida Inmortal, mataste al Hades con el rayo de tu Divinidad y cuando levantaste a los muertos del fondo de la tierra, todos los poderes celestiales clamaron: ¡Oh Dador de Vida, Cristo Dios, gloria a Ti!”

Kontakion de la Presentación del Señor

(Tono 1)

“Cristo Dios, que por tu nacimiento santificaste el vientre virginal y bendijiste, como es digno, las manos de Simeón; y ahora nos alcanzaste y nos salvaste, conserva en la paz a Tu rebaño durante las guerras y afirma a tu Iglesia, que amaste, porque eres el Único amante de la humanidad”.

Carta a los Hebreos (7:26 8:2)

Hermanos, así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados propios como aquellos Sumos Sacerdotes, luego por los del pueblo: y esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Es que la Ley instituye Sumos Sacerdotes a hombres frágiles: pero la palabra

del juramento, posterior a la Ley, hace el Hijo perfecto para siempre. Este es el punto capital de cuanto venimos diciendo, que tenemos un Sumo Sacerdote tal, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, al servicio del santuario y de la Tienda verdadera, erigida por el Señor, no por un hombre.

Santo Evangelio según San Lucas (18:35-43)

En aquel tiempo sucedió que, al acercarse él a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino pidiendo limosna; al oír que pasaba gente, preguntó qué era aquello. Le informaron que pasaba Jesús el Nazareno y empezó a gritar, diciendo: "¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!" Los que iban delante le increpaban para que se callara, pero él gritaba mucho más: "¡Hijo de David, ten compasión de mí!" Jesús se detuvo, y mandó que se lo trajeran y, cuando se hubo acercado, le preguntó: "¿Qué quieres que te haga?" El dijo: "¡Señor, que vea!" Jesús le dijo: "Ve. Tu fe te ha salvado." Y al instante recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, alabó a Dios.

El Padre Espiritual: guía y mentor (IV)

(Continuación)

Uno no es obligado a tener una relación o a tomar alguna decisión. Un hijo espiritual se relaciona con un padre espiritual voluntariamente. Un padre espiritual no se apresura a dar un consejo, sino más bien, reconoce sus errores y ofrece un consejo solo cuando se lo piden. San Ignacio Brianchaninov del siglo XIX dice “*el dar un consejo voluntariamente es un signo de que nos consideramos como teniendo un conocimiento espiritual y dignidad, el cual es un claro signo de orgullo y decepción personal*”. Además, el director espiritual no siempre está en lo cierto. San Basilio dice “*es necesario para*

los demás hermanos el reprender (al superior) si se sospecha que ha cometido alguna ofensa. Por supuesto, debe ser hecho siempre con respeto y amor, mostrando que el director espiritual no es infalible”. San Efrén el Sirio también llama la atención sobre el tema diciendo: “*si no has sido lleno del Espíritu Santo todavía, no aspire a escuchar los pensamientos de otra persona*”.

Así como los fieles, o el sacerdocio real, no puede existir sin los sacerdotes debidamente ordenados, el padre espiritual y su hijo tienen una relación que depende de ambos. Un hijo espiritual tiene la libre voluntad de elegir cualquier cosa que quiera hacer. Dentro del contexto de la relación de amor entre cristianos con un padre espiritual, los hijos son guiados a lo largo del camino. El padre espiritual ayuda a su hijo a discernir el camino, pero siempre la última decisión es de éste último. Si un hijo espiritual no recibe la libertad de tomar sus propias decisiones se reduce al discípulo a ser como un infante y hasta a un nivel sub-humano, privándole de todo poder, juicio y elección moral, y esto solo anima al maestro a creer que tiene una autoridad que solo pertenece a Dios. Como lo dijimos antes, los hijos espirituales son aquellos que van al padre espiritual y lo reconocen como tal.

Una relación personal es necesaria entre el padre espiritual y su hijo. No hay reemplazo para este tipo de relación. Cada persona y cada situación es diferente, y debe ser entendida cuidadosamente por el padre espiritual. Un consejo dado a un hijo espiritual por una situación determinada puede ser completamente diferente que el consejo dado a otra persona en una situación normal. Mientras que la situación puede ser similar, la persona y las circunstancias particulares son totalmente diferentes. Por esto una relación personal es

necesaria. “*Muchas cosas no pueden ser dichas con palabras sino que deben ser asumidas en el encuentro con un padre espiritual*”. Cada hijo es diferente y necesita una guía diferente en su camino. Teniendo una única relación personal con cada hijo protegerá al director espiritual en contra de legalismos y adherencia estrictas a la letra del derecho. La relación debe ser establecida para personas y situaciones específicas para que cualquier hijo espiritual pueda aprender como descubrir la verdad para sí mismo. El rol de un padre espiritual es guiar a su hijo y no forzar su voluntad.

Existen seis dones que un padre espiritual posee. Los mismos surgen de una compilación entre los tres dones descritos por Monseñor Kallistos Ware y las Cinco Calificaciones de un Padre Espiritual por Alan Jones. El primer don es el discernimiento (*diakrisis*), que es un atributo espiritual no físico. El uso del silencio y de las palabras elegidas con cuidado con las cuales se habla, como así también el escuchar con mucha atención son necesarias en un padre espiritual. El segundo don es la habilidad de amar a los demás y tener compasión de ellos. Es la responsabilidad de un director espiritual el orar por ellos e interceder constantemente por ellos, siendo esto más importante que ninguna otra palabra o consejo. El tercer don es la habilidad de transformar el medio ambiente humano. Esto hace referencia a ayudar a un hijo espiritual a ver el mundo de la manera en que Dios lo creó y como Él quiere que sea nuevamente. El cuarto don es la paciencia. Uno no debe tratar de cambiar una persona con rapidez, sino ser paciente con él y moverlo hacia los pasos que puede dar. El quinto don es la franqueza y la honestidad. La honestidad es necesaria de ambos lados de la relación para permitir una discusión y análisis profundos y sinceros. Sin honestidad, la conversación y más